

fatiga había alterado los dulces matices, acababan de dar á aquel rostro encantador la doble belleza que resulta de la armonía y pureza de las líneas y de la gracia de la expresión.

Angela, á pesar de su hermosura, á pesar de sus ojos y de sus cabellos negros, no podía brillar jamás al lado de su hermana mayor. Su madre se apercibió de esto, y quizá se regocijó al pensar que Valentina iba á ocultar su joven belleza bajo la gran cofia blanca y el hábito de estameña, que han ocultado tantos nombres ilustres, tantos hermosos rostros y tantas brillantes esperanzas.

Germana no la inspiraba los mismos temores; los años habían añadido poco á su gracia sencilla, á su dulce encanto de adolescente. Se parecía á Valentina, menos en el brillo y la gracia soberana. Dorados se habían quedado sus cabellos y azules como el cielo sus grandes ojos; tenía la misma cabellera que su hermana, menos los opulentos reflejos, las mismas facciones, menos la delicada cinceladura, la misma tez, menos la finura exquisita. Se reparaba poco en ella y ella misma deseaba pasar desapercibida.

Todo en Germana era tranquilo; la modestia se veía en su voz, en sus ademanes, en su silencio, en su sonrisa: durante largo tiempo podía pasar desapercibida, pero una vez conocida y amada, ya no se la olvidaba jamás.

VII

Las gemelas

Nada tuvo de amargo aquel año de espera y de reflexión; aunque las dos hermanas no podían llevar los ojos al porvenir sin entrever una separación terrible, disfrutaban de la dicha de estar juntas como se goza de la belleza del cielo, aunque una nube negra crezca en el horizonte.

No se separaban nunca; Madama Darboys iba á Tours, hacía visitas, se vestía con elegancia, hacía pequeñas excursiones de negocios, y llevaba siempre consigo á su hija menor, que había llegado á ser su inseparable compañera.

Valentina y Germana quedaban entregadas al placer de su intimidad. Su madre las excusaba con sus numerosas amigas, diciendo:

—No traigo á Germana, porque la queda ya muy escaso tiempo que pasar con Valen-

tina; en cambio me traigo á la menor, que por ser muy viva molesta á sus hermanas.

Solas casi siempre las dos gemelas, trabajaban, leían juntas y se paseaban en aquel jardín que su padre había amado tanto, y del cual él mismo había dibujado las calles y los cenadores. Su madre las hallaba atentas y sonrientes. Angela misma, aunque no tenía igual en invenciones caprichosas y molestas, no podía cansar su paciencia. La paciencia, cualidad natural en Germana, y virtud adquirida en Valentina.

Esta, en medio de una existencia que pertenecía aún al mundo, no perdía de vista el fin que se había fijado: rezaba con frecuencia y durante largo tiempo, y cercana á separarse de lo que más amaba sobre la tierra, se aproximaba á *Aquél* que debía serlo todo para ella; le buscaba en su casa, en la iglesia, y cerca de los pobres, de los tristes y de los enfermos.

Aunque la Turena no conoce esa indigencia extremada que es la desolación de los países dedicados á la industria, su cielo clemente no preserva, sin embargo, de las enfermedades, y Valentina buscaba los desgraciados dolientes, los niños endebles y los ancianos que hallaban los días tan largos, y que sentados á las puertas de sus cabañas, miraban el sol subir y descender, sin que ninguna visita animase la monótona soledad de sus horas.

La hermosa niña iba á ver á los que sufrían, ó á los que se apagaban en un melan-

cólico abandono, y siempre tenía para ellos una palabra dulce, un presente cordial, una lectura agradable y bien escogida, y cuidados que parecían los de una hija ó de una hermana.

Dios había puesto en el corazón de su joven esposa esa ternura mezclada de fuerza, que cumple en este mundo las grandes obras de la caridad cristiana. Ningún dolor, ningún peligro la hacían retroceder, y todo dolor sufrido por otro enternece su alma.

Germana la seguía algunas veces en sus caritativas excursiones, y se decía que sería imperdonable el arrebatar á los desgraciados tan sublime amiga, tan dulce servidora, é impedir á un corazón tan grande y tan puro el consagrarse á Dios. No obstante, estas reflexiones desgarraban su alma, porque el tiempo volaba y cada día se llevaba las alegrías íntimas que ya no debían volver jamás.

La hora de la separación iba á sonar muy pronto, y Germana no tenía aun fuerzas reunidas para el gran sacrificio.

Un día en que buscaba á su hermana recorrió el jardín, la pradera, y no hallándola, fue á examinar con inquietud el camino que conducía á la iglesia: una pequeña columna de humo azulado que se elevaba entre unas rocas, le recordó que una pobre vieja, muy enferma, habitaba una choza situada en aquel lado, y que Valentina la visitaba con frecuencia. Llamó á Angela, que acudió saltando y tomándola por la mano se pusieron

en camino entre los viñedos y las cuestecitas festoneadas de verdor.

—¡Ahí veo una culebra!—exclamó Angela.—¡Tengo miedo!

—Ella tiene más miedo que tú: mira como corre á ocultarse,—respondió Germana.

—¡No importa, es un animal malvado! Yo no soy como Valentina que nada teme.

—Es verdad, querida mía, Dios le ha dado un gran valor, y quizá tendría necesidad de él. Piensa, Angelita, que nuestra hermana irá á países llenos de animales salvajes en los que hay verdaderas serpientes y grandes cocodrilos, que son algo más terribles que las culebras y los lagartos de aquí.

—¿Por qué va pues?

—Por obedecer á Dios, y hacer bien á los desgraciados. Allí cuidará á los enfermos, enseñará la doctrina á los niños, convencerá á los paganos de que tienen un alma y dará el agua del bautismo á los niños chinos: ya sabes, aquellos que sus padres arrojan al río.

—¡Bah!—dijo Angela haciendo una mueca,—es bien fastidioso todo eso! á mí me gustará más cuando sea grande como vosotras ir al baile, al teatro, y tener bonitos trajes, en vez de esa espantosa cofia, y de ese vestido de estameña á grandes pliegues, que Valentina quiere ponerse: y además le cortarán los cabellos.

Germana suspiró al oír el acento desdeñoso y disgustado con que hablaba la niña. ¡Cuánto se avivaba su dolor al pensar en que

iba á separarse de Valentina, comparando el alma de Angela, con el alma amante y entusiasta de aquella, cuyos pensamientos hallaban siempre los suyos!

La joven guardó silencio en tanto que su hermana menor continuaba enumerando lo fastidioso de la vida y del traje de las hermanas de la Caridad, y de esta suerte llegaron á la cabaña habitada por la vieja Martina.

Un vivo rayo de sol penetraba en aquel misero recinto, y hacía parecer pálida la llama del hogar. Martina estaba acostada en un lecho que debía su limpieza perfecta á los cuidados de la señorita Darboys; la pobre mujer tocaba en lo más decrepito de la vejez; pero su cara, morena y arrugada, tenía una expresión plácida y conmovedora. Miraba con una dulce atención á Valentina, sentada á la cabecera de su lecho, y que había interrumpido su lectura al entrar sus hermanas; la pobre viuda, que llegaba al fin de su carrera, y la jovencita, que ponía apenas el pie en los umbrales de la vida, ofrecían uno de esos contrastes que la religión sólo presenta y que entenece hasta á los más indiferentes.

Germana se sintió vivamente conmovida: adelantóse hacia el lecho de Martina, que la saludó con una sonrisa y le dijo con el lenguaje familiar de los aldeanos de la Turrena:

—Sois muy buena en venir á verme, hija mía; y vos también, mi pequeña señorita.

Como veis, no puedo moverme, pero vuestra hermana me hace compañía... ¡ah qué ángel es vuestra hermana!

—No digáis eso, mi buena amiga,—dijo Valentina con tono suplicante.

—Dejadme decirlo, porque necesito desahogar mi corazón. Tengo hijos á los que he criado y educado, pero están lejos de mí. Mi hijo es herrero, y vive á seis leguas de este país: mi hija está casada en Vouvray; el menor de todos, mi pobre pequeño, es soldado: tengo aún otra hija, que está sirviendo lejos de aquí, y el caso es que con cuatro hijos me veía sola, pobre y enferma; pero no, ya no estoy sola, puesto que la señorita Valentina está aquí: ella me cuida como si yo fuera á la vez su madre y su hija, me hace compañía, me lee libros hermosos y consoladores, me canta dulces canciones y me trae todo lo que necesito: una hija no haría más... Vamos, señorita, dejadme hablar, porque es muy justo que se sepa!

—Lo sabe Dios, Martina, y eso basta.

—¿Y quién, sino vos, me ha enseñado á conocer á Dios? Yo le había ya olvidado, trabajando y sufriendo, como he hecho toda mi vida. No pensaba por cierto en él, cuando estaba aquí desolada y sola; pero habéis venido, me habéis recordado mis oraciones, mi religión, y me habláis tan bien del cielo, que me parece que le veo. Así es, hija mía, que ya que otra cosa no puedo, rezo por vos, y os bendigo con todo mi corazón como si fuerais mi hija; toda vuestra

vida seréis bendita por lo buena que sois para mí.

—Gracias, Martina,—respondió dulcemente mademoiselle Darboys estrechando la mano de la anciana.

—Me acariciáis,—dijo Martina;—una pobre criatura como yo no os causa asco ni disgusto. Si, hija mía, os lo repito. Dios os bendecirá.

Valentina, toda confusa, la interrumpió de nuevo, y empezó á ocuparse de los últimos arreglos para la noche.

Puso al alcance de la mano de la enferma algún alimento, una bebida, encendió la lamparilla, cubrió el fuego, arregló las ropas del lecho, presentó el agua bendita á Martina para que se santiguase, y le dió afectuosamente las buenas noches.

—¡Hasta mañana!—dijo la pobre Martina con un suspiro y una sonrisa.

Las tres hermanas salieron y Angela exclamó:

—¡Qué calor hace hay dentro, y cómo debes fastidiarte al lado de esa vieja, mi pobre Valentina!

—No lo creas,—respondió la joven;—si esto me fuera penoso, ¿qué haría luego en los hospitales?

Angela no respondió; con el descuido propio de su edad, echó á correr delante de sus hermanas desgranando acá y allá los racimos de las zarzamoras que estaban á su alcance. Germana miró á Valentina con las lágrimas en los ojos y le estrechó la mano.

—¡Apruebo lo que haces!—le dijo después de un largo silencio.

Valentina la abrazó, y dijo á su vez mirándola con ternura:

—¿Cuidarás de Martina cuando yo no esté aquí ya?

—Sí,—respondió Germana;—te lo prometo.

VIII

La separación

El día de los adioses había llegado al fin.

Valentina, que había concluido un corto noviciado, se hallaba en el locutorio de las Hermanas de la Caridad, hablando por la última vez con su familia, antes de partir para la casa á donde estaba destinada, y en la que debía pasar otro año de prueba ó de segundo noviciado.

Los momentos pasaban rápidos: la última hora tocaba ya á su fin, todos tenían mil cosas que decirse, y el silencio reinaba.

Germana tenía apoyada la cabeza en el

hombro de su hermana gemela, sus manos se hallaban unidas. Madama Darboys tenía en las suyas la otra mano de su hija. Angela estaba de pie delante de ellas, mitad curiosa, mitad enternecida.

—¡Te vas! ¡mañana ya no te veré!—dijo Germana con voz oprimida.

—¡Siempre estaré contigo por el pensamiento!—respondió Valentina abrazándola con efusión, —hermana mía muy amada, no me quites el valor... ¡me es necesario mucho para dejarte!

Germana calló; no hubiera podido hablar sin llorar, y temía que sus lágrimas cayesen sobre el corazón de Valentina.

—Mamá,—dijo esta,—permitidme que os recomiende á Germana, tendrá mucha necesidad de afecto porque nunca se ha separado de mí...

Los ojos de Susana se llenaron de lágrimas: hallábase más turbada y más llena de aflicción de lo que había creído; sentía que dentro de su corazón se rompía una fibra, al ver partir aquella niña, á la que una injusta preferencia contribuía quizá á arrojar del techo maternal. Mirábala con angustia, se acordaba de cuan amante y afectuosa era su alma y pensaba en que la perdía por su propia culpa. Un secreto embarazo helaba en sus labios las palabras de un cariño tardío y reflexionaba tristemente, en tanto que Valentina abrazaba á su hermana menor, y la decía:

—Adiós, Angelita mía: sé buena y ama-